

25 años de MARCHA

Novena edición extraordinaria

Literatura vigente en Hispano-américa

carthago
DIBUJO DE CARLOS CARYAL

PARA contribuir, en lo literario, a los veinticinco años de MARCHA, hemos elegido este suplemento: una antología, obligadamente incompleta, de las letras hispanoamericanas vigentes, representando sus distintas generaciones y sus diferentes y aun contradictorias corrientes estéticas. Pensamos que, dentro del campo específico de las letras, es este el tema que mejor denuncia la preocupación recíproca del semanario: aquella ocupación constante de los asuntos político-sociales y económicos que singulariza a la publicación, tendría su equivalente, en Literatura, en la atención y la defensa de la creación de los escritores latinoamericanos.

Querer, o creer, que es posible un desglose categórico entre el sustrato económico-social de una determinada sociedad, y los planos educativos, artísticos, literarios o filosóficos en que se manifiesta, y pensar que estos últimos pueden encararse críticamente con total independencia de aquél, es, a esta altura de nuestro mundo, una ingenuidad culpable cuando no un expreso propósito de engañarse y de engañar. Si es necesario, a los efectos de desentrañar valores y significados a la creación artística, establecer una política de la cultura (o del espíritu si se prefiere la terminología de Valéry), también es necesario reconocer que al asumirla se está asumiendo implícitamente una política, a secas. Ella no es, obviamente, la que dicta un comité ni responde a un partido restricto, sino que deriva de una actitud informada frente a la realidad, y a la obligada militancia que ella impone a toda conciencia moral. Pero en el caso latinoamericano, específicamente, la vinculación, y aun la dependencia, de arte e historia, es más fuerte que en otras comarcas y en otros tiempos. Para el simple gustador de literatura y arte, se le abre como mucho más tentadora, la perspectiva de la cultura moderna extranjera o de la sucesión de altas creaciones que se han acumulado —y jerarquizado desde este presente— en el desarrollo histórico de las culturas universales. La ingenuidad en ese plano ancho del arte que corresponde a América Latina podría ser muy reducida, y es comprensible que una vida extensa quede saciada por las obras que van de Homero a Kafka. Pero nadie elige por razones exclusivamente estéticas (ni siquiera lo pudieron hacer quienes defendieron un principio tan infundado como el de "l'art pour l'art"), sino que se elige en el móvil campo de la realidad, de la historia, de la literatura, por aquellos alimentos que nutren nuestra concepción de la vida y la muerte en el plano más preciso, más cargado de sentido y verdad.

La elección de América Latina, con más motivo, no se hará por exclusivas razones estéticas —que no existen ni han existido nunca— sino por razones morales, sociales, metafísicas, por razones de entendimiento de nosotros mismos, de quienes somos —donde estamos— y qué necesitamos de cercano, de nutrido, de vitalizador.

NO elegimos la literatura latinoamericana porque sea superior, o haya sido más calificada, sino que simplemente en ella estamos, en ella somos. Del mismo modo que no hemos elegido la tierra en que nacimos ni sus problemas, y entendemos que rehusarnos a sus exigencias, incluso a su adversidad, comportaría una traición, más que al país, o a la sociedad, a nosotros mismos. Algo así como una invalidación secreta.

Pero si no la elegimos, en cambio somos los únicos que podemos valorarla legítimamente, por lo mismo que conocemos espontánea e íntimamente, las leyes que la rigen, los saberes reales con que se maneja, el afán estructural que la mueve. Vivimos dentro de sus temas, sus materiales, sus estilos. Porque en verdad no somos sus productores o sus consumidores como mecánicamente se acostumbra a pensar, sino que en ella vivimos integrados, y devenimos conjuntamente, tan pronto creéndonla como siendo generados por ella. Por eso sabemos que con todo derecho hay no menos de diez autores perfectamente merecedores del Nobel y hay una pléyade creadora de primera calidad.

La diversidad de sus corrientes delata la heteroclitia composición latinoamericana, sus plurales niveles de especialización artística, pero todo se emparenta —el idioma, los problemas— y alcanza ese aire familiar, esa suerte de estilo caótico, si así pudiera decirse, que detecta la presencia del arte del continente. El reconocimiento de la propia familia, con sus vicios conocidos y sus virtudes recónditas.

Por lo mismo que aceptamos nuestro lugar en la tierra y la cuota de alegría o sufrimiento que nos depara, aceptamos —y aun nos regocijamos— en esta literatura de la que ofrecemos aquí sólo algunos pocos ejemplos. — ANGEL RAMA.